



CONSPIRACIÓN MARCIAL



RAÚL
GARBANTES

Illinois, 1968. El detective privado Nathan Jericho, hombre muy inteligente, un tanto anticuado y de mal carácter, es contratado para investigar un misterioso caso relacionado a la existencia de un proyecto conspirativo, nacido en tiempos de la Segunda Guerra Mundial.

Al adentrarse en la investigación, Jericho hace un descubrimiento que cambiará su vida por completo: el proyecto tiene una estrecha conexión con su historia personal y su pasado como huérfano.

Este caso llevará a nuestro detective por un peligroso laberinto de intrigas y secretos, en el que están involucrados grandes intereses y poderosos personajes. Pero para Jericho será mucho más que un desafío profesional, tendrá que enfrentarse a los fantasmas de su propio pasado y encontrar respuestas a las preguntas que lo han atormentado durante toda la vida: ¿Por qué lo abandonaron en un orfanato? ¿Qué significa el tatuaje Jericho grabado en su piel? ¿Por qué esta conspiración es denominada Proyecto Jericho?

CONSPIRACIÓN MARCIAL

Raúl Garbantes

Prólogo

Illinois, 1968.

¿Cómo mantenerse cuerdo a medida que descubres cuán podrida se encuentra la humanidad? No podemos fiarnos de nadie, ni siquiera de nuestros sentidos. Nos construimos a nosotros mismos a base de engaños hasta convencernos de su veracidad. Mentimos para matar y también para sobrevivir. Siempre habrá una versión oficial que pretende decirnos el modo real en que ocurrieron las cosas, una lista de hechos comprobados y constatados por las opiniones de quienes se erigen como los expertos de esa disciplina manipuladora que conocemos con el nombre de «historia».

Pero ¿existe realmente la historia como una prueba real e ineludible de los acontecimientos del pasado? ¿Acaso las verdades sobre sucesos ocurridos se encuentran al alcance de todos? ¿Contamos con todos los datos necesarios para llegar a una conclusión irrefutable? ¿Y quiénes ostentan el privilegio de declarar que la versión oficial es la última palabra? Frente a todas estas preguntas se alza la sospecha que nadie nos advierte, pero tarde o temprano aprendemos a cuestionar: la historia es el brazo ejecutor del verdugo y el trofeo del vencedor. La historia responde a los privilegios de quienes nos oprimen. La historia que nos cuentan es aquella que ha sido creada para que no aceptemos un destino distinto al que creemos conocer. La historia es una trampa para que nadie encuentre su libertad.

Nathan Jericho siempre se recordaba a sí mismo, como su mantra personal: «Este es un mundo violento y solo pue-

do contar conmigo mismo». De ese modo conseguía protegerse y nadie nunca fue capaz de aventurarse a asegurar lo que pasaba por su mente. Era un hombre indescifrable cuyo rostro solía mantenerse oculto entre las sombras de sus sombreros fedora, apostado en las esquinas, vigilante, camuflado en abrigos cruzados, representando una estampa anticuada de tiempos menos confiados, cuando la guerra y la muerte estaban a la orden del día.

Había conseguido un oficio perfecto para su actitud, algo para lo cual había nacido del mismo modo en que a todos se les revela su vocación en aquello que mejor encaja con su modo de ser. Por esta razón, no era de extrañar que Jericho trabajara como detective privado y que fuera el mejor de la ciudad, incluso para sus rivales, aunque estos no se atreverían a reconocerlo en voz alta.

No obstante, detrás de su fortaleza mental y de su capacidad para ocultarse del mundo que lo rodea Nathan Jericho se sentía atormentado. Había conseguido arrinconar en lo profundo de su ser el sufrimiento que le causaba sus orígenes. Era implacable al buscar las respuestas a sus propios enigmas, esos que pesaban sobre su espalda y que solo él reconocía en la sombra de sus sueños o en las brumas de las fantasías que envolvían su mente incluso cuando creía encontrarse despierto. Puesto que no estaba acostumbrado al descanso, a veces el velo entre realidad y ensañación difuminaba sus límites, enloqueciéndolo.

Las puertas chirrían. Algunos niños no dejan de llorar. Un repiqueteo constante en la madera. Toc, toc, toc. Nadie llama. Pero la madera tiembla cuando otros gritan. Las paredes agobian y la sombra de una mano se agita, insegura, proyectándose sobre los muros de aquella horrible fortaleza.

Son unas puertas macizas. La entrada que conduce a una prisión horripilante. O al menos esa es la impresión que

causa. El niño alza su mirada al cielo, sintiendo las gruesas gotas de lluvia que empapan su rostro. Sus pasos son inseguros. Su rostro pegado contra los barrotes. Sí, debe tratarse de una prisión. Dijeron que en ese lugar cuidarían de él, pero no se siente seguro en ningún momento. No puede permanecer más tiempo allí y sin embargo no se aparta de esa puerta. Atrás se alza un edificio gris, amenazador, proyectando la sombra de los castigos que le deparan si no regresa a tiempo antes de que resintieran su ausencia. Pero todo está inundado. Es arriesgado lanzarse a la carrera. En cualquier momento puede tropezar. Siempre tropiezan y nadie los recoge. Deben aprender a levantarse por sí mismos. Y nunca se atreve a escapar.

Llueve torrencialmente. Fuera de las ventanas el mundo se inunda, pero incluso estando seco y bajo un techo, es mejor quedarse afuera hasta empaparse, hasta pescar un resfriado que lo obligue a quedarse en cama, delirando de fiebre. La fiebre, sí. Todos los niños la padecen, incluso aquellos que no juegan a mojarse. La fiebre siempre regresa, pero él parece inmune. Vive con fiebre sin padecerla. Gracias a una fiebre distinta, regresa para anunciarle a las habitaciones vacías, testigo de su dolor y el de tantos otros niños similares: ¡He vuelto! ¡He venido a ser castigado una vez más!

Pero a diferencia de sus coetáneos, Jericho nunca bajaba la guardia, nunca tomaba largos descansos y no olvidaba que el horror acechaba tanto en rincones oscuros como a plena luz del día a la vista de todos. También era consciente de que nadie era completamente honesto, que todos guardaban secretos que preferían no ver expuestos. Porque algunos mantenían secretos inofensivos que de descubrirse fracturarían el aburrido orden y la simetría de sus vidas consagradas a una familia. Pero otros, y eran muchos más de los que nos atreveríamos a suponer, basaban

sus vidas sobre esos secretos y en el caso de que estos se supieran ya no podrían continuar con ellas, porque se trataba de secretos que arruinaron las vidas de aquellos que habían conocido esa sed sangrienta que confunde la venganza con justicia. Jericho conocía muy bien esa sed, porque era la razón por la que se había convertido en el detective con mayor experiencia y sagacidad del estado, pero también el que suspendía sus escrúpulos y le daba cabida a la crueldad para conseguir los resultados que sus clientes necesitaban.

Los gritos redoblan. Sus amigos, sus enemigos, los que en el patio se agarran a golpes y luego en las noches se pellizcan con malicia. Pero a veces gritan porque han venido a buscarlos, uno a uno, para castigarlos por nimiedades. No les dan explicaciones. Lo mejor es gritar, dejar una prueba de lo ocurrido, que otros puedan decir que estuvo allí porque lo escucharon gritar. Pero cuando no son sus propios gritos mayor es su dolor. Un dolor hondo. Los gritos le recuerdan el dolor. Otros sufren la misma suerte. Otros gritan por los mismos castigos que él ya ha conocido. Es imposible olvidar cuando gritan. Pone una almohada sobre su cabeza hasta que se difuminan en la distancia. Gritos lejanos, gritos en pausa, gritos que se desvanecen. Aunque el sueño nunca llega.

Y gracias a todo este saber sobre la podredumbre humana y sus mentiras, Jericho demostraba sus talentos. Porque era avezado en el arte de los secretos, pero sobre todo experto a la hora de exponerlos. Cada caso en sus manos no significaba únicamente un medio para ganarse la vida. El dinero importaba muy poco. Se contentaba con tan poco, con lo esencial. Lo importante era reforzar su entrenamiento, acorazar mejor sus mañas, darle mayor combustible a su instinto. Cada caso era una oportunidad de mejo-

rar su técnica, de acumular un arsenal provechoso para el momento en que enfrentara sus propias batallas. No sabía cuándo, porque el truco para sobrevivir consistía en no alimentar muchas esperanzas sobre nada en particular, pero si alguna vez se presentaba el momento de hallar las respuestas que tanto buscaba no lo tomarían desprevenido.

La piel arde como una brasa. Una antorcha sin llama, lacerante. Si dobla el brazo le duele, pero cuando lo extiende unos agujonazos le obligan a arrugar el rostro y cerrar los ojos hasta que brotan las lágrimas. No se atreve a mirarlo. La sangre no termina de secarse. Las letras son legibles sobre la piel pálida. Letras hechas con tinta y sangre. Para que nunca olvide lo poco que sabe sobre sí mismo, sobre quién es y de dónde viene. Lleva consigo la respuesta, sin conocer la pregunta. Un testimonio de su olvido, allí, para leerlo, para que otros lo lean, para acorralarlo con preguntas que no sabe responder. Las letras tatuadas en su piel como una mancha. No, como un estigma.

—¡Lo logró! ¡Lo logramos!

A Jericho le costaba volver en sí cuando su mente se apoderaba de su cuerpo. La molesta voz de su cliente resonaba como un zumbido en su cabeza a lo cual él correspondía con un gesto desinteresado. Requirió dar un vistazo a su alrededor para anclar los contornos de la realidad y poner en su justo lugar al presente. Sí, poco a poco se le hacía familiar el espacioso juzgado y su bullicio tras haberse anunciado el veredicto: ¡culpable! ¡El canalla había sido condenado por sus actos! No siempre los verdaderos culpables acababan en una mazmorra, justo donde pertenecían. Mucho menos si se trataba de alguien que se desempeñaba como policía. La ocasión se prestaba para celebrarse, para saltar con entusiasmo como lo hacía su cliente,

quien no dejaba de estrechar su mano para darle las gracias.

—Nada de esto hubiera sido posible de no ser por usted —vociferó el cliente, presa de su incontenible entusiasmo—. De no ser por su exhaustiva investigación y su incansable escrutinio ese bastardo estaría libre. Ahora ese hombre se pudrirá en la cárcel pagando por todo el daño que ha hecho. No tengo palabras adecuadas para expresar lo que esto significa. ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

No le agradaban las personas tan susceptibles. Le parecían molestas y hasta cierto punto vulgares. Sin embargo, Jericho comprendía la felicidad del chico, aunque particularmente le diera igual su agradecimiento o su situación. Un policía corrupto intentó hundir a su padre con falsas acusaciones para extorsionarlo creyendo que se saldría con la suya. En el momento en que el muchacho se presentó en su oficina y rogó por su ayuda, Jericho aceptó sin un asomo de duda. No solo era un caso atractivo debido a la paga sustanciosa, lo suficientemente buena para no rechazarla, sino porque representaba un reto que demandaba toda su astucia y malicia, una oportunidad dorada para fastidiar a esos tipos de uniforme que se creían invencibles para campar a sus anchas y ejercer toda clase de abusos.

Jericho era el tipo de hombre que fluctuaba en el límite tambaleante entre la integridad dudosa y la moral corrupta según la filosofía de que el fin justificaba los medios, acentuada por su profunda aversión hacia cualquier forma de autoridad. Detestaba a los hombres uniformados, funcionarios públicos y burócratas, porque a sus ojos eran fachadas para justificar los desmanes de una nación consumida por la corrupción y las ambiciones. Ninguna institución era transparente o libre de pecado ante sus ojos. Por lo tanto, cualquier posibilidad a su alcance para atacar directamente al poder y sus gendarmes la tomaría con especial interés.

—¿Se encuentra bien, señor Jericho? —preguntó el muchacho, dándole una mínima tregua a su entusiasmo, preo-

cupándose al notar el rostro pálido del detective—. Creo haber notado que algo alteró su semblante, supongo que debido a la tensión del momento. Pero ya no hay nada de qué preocuparse, las pruebas fueron irrefutables, ganamos el caso y no pueden apelar en nuestra contra. Ha sido un logro trascendente. Esto podría servirle de lección a cualquier oficial en el futuro para comprender que no son infalibles, que el brazo de la ley también puede alcanzarlos si no se comportan como es debido.

Mientras el muchacho le hablaba a Jericho, a ellos se acercó un hombre alto y corpulento, vestido con sencillez y cubierto por una chaqueta amplia, quien se detuvo a escuchar la curiosa conversación que mantenían. O, para ser exactos, el monólogo sin interrupción del muchacho que Jericho no detenía, pero en el cual tampoco concentraba su total atención. Jericho lo reconoció enseguida, se trataba de Dick Sonnenfield; un compañero al cual consideraba un aliado.

—Siempre habrá ovejas negras en el rebaño —intervino Dick—. Y no son menos culpables los pastores que las dirigen, ni los perros que las custodian. Pero usted tuvo el acierto de poner el caso en buenas manos. Aunque quizá «buenas» no sea la palabra adecuada. Nuestro estimado Jericho tiene mañas que solo él conoce. No cabe duda de que es un genio, aunque muchas veces parezca un chalado. Si no fuera por esa dosis extra de locura probablemente habría sido un oficial brillante. Entonces, muchacho, para fortuna de usted y su padre, el señor acá presente prefirió convertirse en detective privado.

Dick le dedicaba una sonrisa bonachona, pero Jericho correspondió su broma respondiéndole con un tono sombrío:

—A ese por ejemplo sí lo aceptaron —dijo Jericho señalando sin recato al policía culpable, al cual arrastraban fuera de la sala en manos del alguacil—. Y mira cuán útil fue. Es-

corias como esa se benefician del dinero de los contribuyentes. Así funciona el mundo.

—El detective Jericho es un bromista en toda regla —dijo Dick en voz alta para evitar que la situación se saliera fuera de control al ser escuchado por los otros oficiales que seguían la marcha del prisionero—. Se le da natural sin necesidad de sonreír. Le gusta hacerse el antipático para divertirnos.

Jericho se mantuvo impasible, sin excusarse por lo dicho. Pero las palabras de un agente como Dick consiguieron el efecto de lograr que no se le diera importancia a la actitud retadora de Jericho. Por su parte, el hombre arrestado le dedicó una mirada desafiante al pasar cerca de ellos. Jericho vio una llama familiar ardiendo en sus ojos. Era la mirada que anunciaba la sed que a todos derrotaba. Una mirada que no necesitaban decir en voz alta las palabras que callaba: «un día me las vas a pagar», «si se me da la oportunidad no dudaré en exterminarte». Jericho le sostuvo la mirada, demostrando serenidad y cinismo al mismo tiempo, sin cederla. No le temía a ese brillo cargado de afrenta. Había visto esa mirada en muchas ocasiones, en otros hombres y mujeres que tuvieron la mala suerte de convertirse en sujetos de una investigación a su cargo. No era la primera vez, ni tampoco sería la última. Hallaría esas miradas hasta el final de sus días. Suponía que muchos prisioneros se consolaban en sus celdas mugrientas, planeando sus venganzas contra quienes los habían confinado a una situación tan miserable. Y cada uno de esos desgraciados tendrían a Jericho en sus listas negras de desquite. Al ver a este antiguo oficial de policía mirarlo de esta forma, Jericho no pudo sino pensar para sí mismo: «Ponte en la cola, amigo. Espera tu turno, si es que alguna vez llega».

La marcha del acusado hizo que el muchacho permaneciera en silencio, de espaldas a estos. No deseaba confrontar la mirada de aquel hombre que tanto daño representaba para su familia. Fueron segundos tensos, pero solo Jeri-

cho mantuvo el control de sus gestos, como si verdaderamente fuera ajeno a cualquier impresión. Era un hombre que no se sorprendía con facilidad y que nunca dejaba un indicio claro de cómo pensaba en un momento dado y mucho menos cómo es que sentía, en el caso de que fuera capaz de sentir algo concreto, tal como pensaban quienes llegaban a conocerlo. Cuando el acusado ya no se encontraba en la sala del juzgado, el muchacho respiró aliviado y Dick aligeró su postura. Para fastidio de Jericho, el muchacho volvió a retomar su retahíla de agradecimientos sin fin:

—No se equivoca, agente Sonnenfield. Contratar a Jericho fue el mayor acierto. Estaríamos ante un escenario muy distinto de no ser por él. Le estaré eternamente agradecido.

Para calmar su parloteo, Jericho hizo un gesto indicando desenfado, dando a entender que no era para tanto:

—Déjele la eternidad a los dioses, muchacho. Aquí en la tierra nos contentamos con hacer nuestro trabajo para pagar facturas. Eso basta como agradecimiento.

—Por supuesto, ya firmo su cheque con el monto acordado para el pago final —apoyó el cliente, procediendo a sacar un bolígrafo para prepararlo—. Sin embargo, le agregaré una bonificación extra. Tómelo como un respaldo por todas las molestias y cualquier gasto inesperado que haya salido directamente de su bolsillo pero ha tenido la decencia de no mencionar. Y si no fue así, importa poco. Su trabajo lo merece.

Dick observó a Jericho con alegría, como si fuera él quien fuese a recibir el cheque. Pero este se limitó a corresponderle arqueando las cejas y frunciendo sus labios. Para Dick este gesto representaba su manera escueta de manifestar su alivio por otro trabajo completado con éxito en menos tiempo del requerido. Se trataba casi de un milagro haber conseguido una resolución tan tajante e inmediata. Cuando se trataba de casos que involucraban a agentes de la ley, estos podían acumular meses sin obtener una res-

puesta concreta, siendo aplazados indefinidamente por apelaciones absurdas que obligaban a rotar jueces y jurados. Pero el trabajo de Jericho a la hora de recolectar pruebas incriminatorias fue impecable y el abogado defensor no pudo ser burlado.

Jericho comprobó el nuevo monto sumado a la paga acordada y el alivio se transformó en satisfacción, aunque no lo dejara relucir. Con algunos clientes se cuidaba de sentir este tipo de entusiasmo, ya que muchas veces pretendían timarlo al no tener dinero suficiente para pagarle, pero en este caso, cuando recibió la paga inicial supo que se trataba de personas dispuestas a desembolsar de sus bolsillos lo que fuera necesario para ganar. Contaban con fondos suficientes para costearse una victoria. Aún no tenía planes para ese dinero, pero con ello podría trabajar con casos menos complicados y dedicarse un tiempo de descanso. O al menos así supuso Dick, quien se atrevió a sugerirle una vez que el cliente se despidió de ellos:

—Después de un caso como este te conviene tomar unas largas vacaciones. Haz buen uso de ese dinero y despeja tu mente. Siempre habrá trabajo esperándote, pero mientras tanto concédete una tregua.

—¿Eso es una sugerencia o una petición, agente Sonnenfield? —preguntó Jericho—. Aún tengo casos pendientes en mi escritorio.

—Es una amigable sugerencia —refirió Dick—. Ha sido un resultado exitoso, pero no olvidemos que esto podría traer consecuencias. Has contribuido a que cayera un oficial de la ley. Algunos querrán cargarla en tu contra, buscarán un punto débil para ponerte fuera del juego. Concédete unos meses para que se olviden de ti, mientras los ánimos se aplacan.

—Agradezco el consejo y la preocupación —manifestó Jericho ajustándose su sombrero fedora cuando salían del tribunal para enfrentar el mundo exterior—, pero descansar nunca es una opción para mí. Prefiero trabajar.

—Otros oficiales tomarán eso como un mal presagio — se atrevió a bromear Dick—. Quizá consigas ponerle las esposas a algún otro.

—Quizá —repitió Jericho enigmáticamente—. Hay muchas manzanas podridas en el cesto. Convendría cortar el árbol de raíz.

Le esperaban noches de insomnio y, cuando consiguiera dormirse, reaparecían las pesadillas. No sabía qué era peor. Jericho pensaba que hombres como Dick no eran capaces de comprender a los vengadores solitarios como él. Cuando sus caminos divergieron se despidieron escuetamente. Un trueno retumbó a lo lejos, anunciando la llegada de una próxima tempestad. Eso le trajo recuerdos difusos sobre aciagos días lluviosos durante su infancia.

La lluvia, los gritos, la puerta cerrada. No consigue escapar y en cambio ha sido marcado como si fuera ganado. Un dolor punzante. Letras sangrantes contrastan con su palidez. Vivirá con esa tinta en la piel durante el resto de sus días. El dolor no merma. Sujeta el brazo contra su pecho. No importa si esto acentúa el dolor, le reconforta recogerse sobre sí mismo. Luego se atreve a leerla. Esa misteriosa palabra tatuada en su brazo: «Jericho».

Capítulo 1

Para algunos hombres la idea de «descansar» es un motivo de angustia, como si fuera un modo de mandarlos a conocer la muerte. Este tipo de hombres se embarcaban en empresas y situaciones que demandasen todos sus esfuerzos y, cuando estos proyectos culminaban, enseguida se sentían intranquilos, esperando encontrar algo con lo que ocuparse. En cierta manera, los hombres obsesionados con trabajos que requieren una gran y constante actividad, necesitaban mantenerse ocupados para no tener que afrontar la carga de sus pensamientos sombríos, hombres llenos de secretos o atormentados por la búsqueda de un sentido que no terminaba de revelárseles, hombres que intentaban descifrar misterios que les estaban vedados. Y precisamente cuando les sobrevenía un tiempo de descanso, sus preocupaciones se redoblaban porque eran incapaces de apartarse lejos de los dilemas que los angustiaban.

Jericho era uno de esos hombres. Huía de los descansos porque estos le obligaban a recordar las preguntas que se tejían desde el olvido para crear la maraña confusa de su pasado inconcluso. Su propia historia, para comprender quién era y de dónde venía, la piedra fundacional de su identidad presentaba una ausencia que nada conseguía llenar. Se acostumbra a decir que solo la verdad puede hacernos libres, pero para Jericho esa verdad se mantenía oculta en algún lugar de su memoria o en alguna esquina polvorienta del mundo, pero nunca a su alcance.